

COLECCIÓN VIRTUS

CRISIS DE PATERNIDAD

(EL PADRE AUSENTE)

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.



EDIVE

San Rafael (Mendoza) Argentina – Año 2011

CRISIS DE PATERNIDAD

(EL PADRE AUSENTE)

P. Miguel Ángel Fuentes, I.V.E.

El desequilibrio que azota nuestra sociedad es, en gran medida, una crisis de paternidad. Hablo principalmente de la función del progenitor varón, pero, *mutatis mutandis*, mucho de lo que diré a continuación podría aplicarse a la maternidad y a la crisis de paternidad espiritual como la que ejercen los educadores, toda persona revestida de autoridad, los sacerdotes, religiosos y religiosas, etc. Lo reconocía (causando mucho malestar entre sus correligionarias) la socióloga feminista francesa Evelyne Sullerot, al escribir en 1993: “Lo que yo deseo es tratar de comprender y de explicar el ocaso de los padres al que asistimos en la actualidad, ocaso que afecta a la vez a su condición civil y social, a su papel biológico en la generación, a su papel en la familia, a su imagen en la sociedad, a la idea que se hacen ante sí mismos de la paternidad, de su dignidad, de sus deberes y de sus derechos, a su propia percepción de su identidad como padres, al modo como sienten sus relaciones con las madres de sus hijos y con las mujeres y a la forma en que imaginan el futuro de la paternidad”¹. La autora sostiene como evidente que el hombre ha sido desposeído de su paternidad.

La disolución de la familia es una de las heridas más dramáticas de la humanidad y probablemente, por sus consecuencias, la que mejor explica la crisis contemporánea. Es indudable que entre los elementos característicos del cruce del tercer milenio pueden, y deben, enumerarse la globalización, la universalización informática, la crisis energética (que marcará probablemente el mundo con nuevas guerras) y otros. Pero, si no me equivoco, lo está trayendo peores consecuencias es la destrucción de la familia; y el horizonte no tenderá a aclararse a menos que se revierta la actual política antifamilia que parece sarpullir a numerosos gobiernos del mundo. Entiendo por “familia”, la concepción tradicional de la misma: un hombre y una mujer, unidos en legítimo matri-

¹ Cf. Sullerot, Evelyne, *El nuevo padre. Un nuevo padre para un nuevo mundo*, Barcelona (1993).

monio para amarse y engendrar hijos. “Destrucción” de la familia, incluye, pues: suplantación de la institución matrimonial por uniones pasajeras (concubinato, emparejamiento, rejuntaimiento, etc.), divorcio, disminución de la natalidad², aborto, legalización de la homosexualidad (equiparación de uniones homosexuales al matrimonio, adopción por parte de homosexuales, etc.), nuevos “modelos” (parodias) de familia, etc. La destrucción de la familia no es un hecho casual; en muchos casos es un objetivo; no es consecuencia de una disolución intrínseca, como el proceso de envejecimiento de cualquier ser viviente, sino fruto de la erosión causada por agentes externos nocivos (ideologías, instituciones y personajes, cuyos móviles últimos pueden ser muy variados, desde intereses económicos a vicios individuales o comunitarios). Más aún, si estos agentes corrosivos no han logrado suprimir la institución familiar con las campañas como las que hemos visto en las últimas décadas, se debe, fundamentalmente, a la capacidad de resistencia de esta institución natural esencial para la sociedad humana.

El resultado de esta batalla contra la familia es la actual crisis familiar, sin precedentes. Como tampoco tiene precedentes la crisis social en todos los niveles que afecta al mundo entero³.

Uno de los resultados de esta disolución familiar es la descomposición de la figura paterna. Tal vez se objete que el problema no puede reducirse al padre; también (y cada vez con más frecuencia) la ausencia también afecta a la figura de la madre, y a veces a ambos progenitores. Sin embargo, por la inexorable ley que une físicamente al hijo con la madre que lo engendra y da a luz —y, consecuentemente, lo mantiene unido a ella después del parto— es más frecuente que los hijos queden ligados a la madre que al padre, resultando más notoria la ausencia del padre en lo que la sociedad ha dado en llamar, con eufemismo, “fami-

² Hasta China se ha comenzado a preocupar por este problema. En un dato histórico, *Il Corriere de la Sera*, del 29/2/08, anunciaba que China quería revisar su política del “hijo único”. El motivo: “Es necesario evitar que ‘La nación se vuelva vieja antes que se vuelva rica’”. La noticia atribuye las declaraciones al viceministro de Planificación familiar, Zhao Baige. En efecto, algunos estudios demuestran que, conservando las tendencias actuales, en el 2030 uno de cada cinco chinos tendrá más de 60 años, el doble de las actuales proporciones. Hay que recordar en la actualidad, sólo al 30-40% de los chinos se les permite tener dos o más hijos.

³ Y esto ni siquiera se mitiga haciendo una comparación con las dos Guerras Mundiales del siglo XX, porque durante las mismas gran parte del mundo sólo tenía información parcial de los atroces hechos que estaban ocurriendo, y lo poco que se sabía

lias monoparentales”; es decir, familias mutiladas.

Cuando me refiero a la ausencia del padre en la familia, debe tenerse en cuenta que se trata de una realidad muy compleja. Esta ausencia puede tener causas muy variadas, algunas de las cuales tal vez no impliquen culpa moral y otras, en cambio, mucha responsabilidad (sea del padre o de la madre, o de los dos). El padre (lo que también vale para la madre) puede estar ausente por haber abandonado el hogar (con culpa sólo suya o de ambos progenitores) o por haber sido abandonado por la otra persona. Puede estar ausente por haber fallecido o por causas completamente ajenas a su voluntad (por guerra, encarcelamiento, esclavitud, o trabajo). No cabe duda que los casos de ausencia por muerte del padre son casi mínimos, comparados a los debidos a rupturas matrimoniales; además, los estudiosos (psiquiatras, psicólogos y sociólogos) están de acuerdo en que, cuando la ausencia se debe al fallecimiento del padre, las consecuencias son notablemente menos nocivas para los hijos, porque la separación es más comprensible para éstos. La ausencia del padre en algunos casos puede esconder, también, muchos sufrimientos por parte del padre ausente (tal vez, echado injustamente del hogar o abandonado por la esposa) o heroísmos de parte de la madre abandonada u obligada a hacerse cargo ella sola de una tarea tan difícil como la crianza material y espiritual (psicoafectiva) de sus hijos. Téngase en cuenta todo este complejo entramado, al leer las siguientes páginas. No juzgo, pues, ningún caso particular; cada uno debe examinar su consciencia delante de Dios y de la sociedad (especialmente delante de sus propios hijos), para ver si le cabe culpa en la lejanía respecto de sus hijos.

De todos modos, sea cual sea la causa, y sin juzgar de la responsabilidad que pesa sobre cada padre o madre que deja de cumplir su indispensable deber de estar cerca de los hijos que ha traído al mundo, las consecuencias (o, al menos los riesgos de generar consecuencias) para los hijos privados de esta presencia, son realísimas y graves. Las analizamos para tocar la conciencia de los llamados al don de la

^{era} seguido con angustia. Hoy en día, hay tragedias que ensangrientan el mundo en proporciones mucho más grandes (como la masacre del aborto, la industria esclavista de la prostitución (incluso infantil), el vertiginoso incremento de la pedofilia, el abandono voluntario de países paupérrimos que se extinguen por el hambre y la guerra, etc.), las cuales son vistas con indiferencia por millones de personas que no las desconocen sino que, por el contrario, sufren indigestión de información al respecto.

paternidad/maternidad y para invitarlos a prevenir este drama o a buscar soluciones, en la medida en que sea posible.

* * *

La situación es gravísima. Basta considerar cuál era la realidad norteamericana en el año 2000. Decía un estudio de aquel momento: “Dos de cada cinco jóvenes norteamericanos menores de 18 años viven, y han crecido, sin su padre biológico. Ya sea como consecuencia de un divorcio, o de nacimientos de madre soltera, un cuarenta por ciento de los menores de 18 años en Estados Unidos de Norteamérica vive en una familia monoparental. Este cuarenta por ciento representa más de veinte millones de niños y adolescentes. La probabilidad de que un niño norteamericano de raza blanca nacido hoy crezca junto a su padre y viva con él hasta ser mayor de edad, es del 25%. Para un niño negro la probabilidad baja al 5%. Las familias en las que los hijos viven con su padre y madre biológicos representaban en 1950 un 43% del total de familias. En 1995 ese porcentaje bajó al 25%, y el porcentaje de familias monoparentales subió al 35% del total de familias con hijos. Esta tendencia aparece en casi todos los países industrializados, con excepción de Japón e Israel. La tasa de nacimientos de madre soltera se duplicó o triplicó en los países del primer mundo entre 1960 y 1990. En Estados Unidos pasó del 5% al 35%, es decir, un aumento del 600%, y es hoy la tasa más alta del mundo con una proyección a 5 años de 50%. Del total de nacimientos de madre soltera una tercera parte corresponde a madres solteras adolescentes”⁴.

Si las cifras de este estudio son exactas, en Estados Unidos 3 de cada 4 niños de raza blanca no llega a la edad adulta gozando de la presencia de su padre; y la proporción empeora para los de raza negra. Hay países en peores y otros en mejores condiciones.

Otros estudios revelan datos muy semejantes; por ejemplo, un artículo de Aurora Pimentel sobre el libro de David Blankenhorn,

⁴ Dr. Ricardo Chouhy, *Función paterna y familia monoparental: ¿cuál es el costo de prescindir del padre?*, en: *Psicología y Psicopedagogía*, Publicación virtual de la Facultad de Psicología y Psicopedagogía de la USAL, Año I, Nº 2, Junio 2000; (www.salvador.edu.ar/ua1-9pub01-2-02.html).

“América sin padres” trae el siguiente cuadro⁵:

Con quién viven los niños en USA (%)

	1960	1980	1990
Padre y madre	80,6	62,3	57,7
Sólo la madre	7,7	18	21,6
Sólo el padre	1	1,7	3,1
Padre y madrastra	0,8	1,1	0,9
Madre y padrastro	5,9	8,4	10,4
Ningún padre	3,9	5,8	4,3

En números absolutos, lo que más descendió entre 1960 y 1990 (tan solo treinta años) es la cantidad de hijos que viven con ambos padres. Lo que más aumentó son los hijos que viven sólo con su madre y los que viven con su madre y un padrastro.

Con toda razón decía David Blankenhorn, director del *Institute for American Values* (EEUU): “Creo que en las primeras décadas del siglo XXI, la principal línea divisoria de la sociedad estadounidense no será el color de la piel, la lengua, la religión o el lugar donde uno vive. Será una cuestión de patrimonio personal: quién, siendo niño, recibió el amor y los cuidados de un padre preocupado por él y por su madre, y quién no lo tuvo. Así estará dividida nuestra próxima generación de adultos. Es una situación de tal seriedad que, si se distinguiera entre los niños que van a vivir con su padre cuando cumplan 18 años y los que no, la población menor de todos los Estados Unidos quedaría dividida en dos grupos de igual tamaño”⁶.

Drama sociológico⁷

En las últimas décadas este tema ha interesado a muchos sociólogos, no sé si para buscar soluciones, o simplemente por ser un rico

⁵ Cf. Cf. Pimentel, Aurora, *Cuando la paternidad se desmorona. Los hombres bajo sospecha*, Acepresna, 18 Octubre 1995. El artículo hace referencia la libro de David Blankenhorn, *Fatherless America*, Nueva York (1995).

⁶ Blankenhorn David, *Las raíces de la paternidad*, Touchstone, 3 de agosto de 2001, (www.mujernueva.org/articulos/articulo.phtml?id=305&td=1&tse=DOC).

⁷ Si bien en las páginas que siguen mencionaré los riesgos que la ausencia del padre

filón para la investigación. Algunas de las conclusiones a que han llegado los observadores revisten mucho interés. Ricardo Chouhy menciona los estudios de Sara McLanahan (Universidad de Princeton) y Gary Sandefur (Universidad de Wisconsin), publicados en 1994 en su libro *“Growing up with a Single Parent”* (Creciendo con un solo padre). Siguiendo varios parámetros previamente especificados, los autores concluían: “Comparados con los adolescentes de similar condición que son criados por dos padres en casa, los adolescentes que crecen separados de uno de sus padres durante parte de su infancia tienen doble probabilidad de fracaso escolar en la enseñanza secundaria, doble probabilidad de tener un hijo antes de los 20 años y es 1,5 veces más probable que se dediquen a vagar —sin ir a la escuela ni tener un trabajo— en torno a los 18-20 años”⁸. Es importante señalar que, según estos investigadores, ninguno de estos tres ítems aumenta cuando la ausencia paterna se verifica por fallecimiento del padre⁹. Otros estudios convergen en similares resultados; por ejemplo, según un estudio realizado en Estados Unidos por el *Progressive Policy Institute*, “el crimen está más relacionado con las familias monoparentales que con la raza o la pobreza”¹⁰.

Aún más interesante resulta el trabajo realizado en Suecia por otro sociólogo, Duncan Timms (de la Universidad de Estocolmo). Se trata de un seguimiento, durante 18 años, de todos los niños nacidos en Suecia en 1953 (unos 15.000). A cada uno de ellos se les hizo un psicodiagnóstico a intervalos regulares. “Los que presentaron un grado mayor de disfunción psicológica fueron varones

(o su “mala” presencia, como en el caso de los golpeadores, indiferentes, etc.) causa en los hijos, no se pierda nunca de vista que se trata de “riesgos” y no de efectos inevitables. Es indudable que una mala figura paterna es pernicioso para la educación y formación psíquica, moral y espiritual de los hijos, pero también es cierto que hay otros factores que pueden paliar estos riesgos; por ejemplo, la presencia de un buen padre adoptivo, de los abuelos, de tíos, de educadores y sacerdotes ejemplares, e incluso la lucha heroica de una madre sola (abandonada o, incluso, soltera) por salvar el alma de sus hijos y hacer a la vez de madre y padre. Pero, lamentablemente, los casos en que un hijo abandonado del padre no sufre daños, no son los más frecuentes.

⁸ McLanahan, Sara and Sandefur, Gary, *Growing Up with a Single Parent: What Hurts, What Helps*, (Cambridge: Harvard University Press, 1994).

⁹ Cf. Chouhy, *Función paterna y familia monoparental*, op. cit.

¹⁰ Cf. Pimentel, Aurora, *Cuando la paternidad se desmorona. Los hombres bajo sospecha*, Aceprensa 18 Octubre 1995.

nacidos de madre soltera y que crecieron sin padre. Son convergentes con estas conclusiones los resultados de un seguimiento de más de 17.000 menores de 17 años que realizó en Estados Unidos el *National Center for Health Statistics* (1988): el riesgo de disfunción psicológica (problemas emocionales y/o de conducta) es significativamente más alto para niños que han crecido sin padre (entre 2 y 3 veces más alto). Ronald y Jacqueline Angel, investigadores de la Universidad de Texas, publicaron un trabajo en 1993 en el que evalúan los resultados de todos los estudios cuantitativos que analizaron los efectos de la ausencia paterna. Dicen: 'El niño que crece sin padre presenta un riesgo mayor de enfermedad mental, de tener dificultades para controlar sus impulsos, de ser más vulnerable a la presión de sus pares y de tener problemas con la ley. La falta de padre constituye un factor de riesgo para la salud mental del niño'¹¹.

Por tanto, los diversos estudios coinciden en atribuir a la ausencia paterna graves consecuencias en múltiples campos que van de los problemas en el desempeño escolar¹², hasta consecuencias delictivas. Las investigaciones realizadas por sociólogos y psicólogos manifiesta con toda claridad la relación entre delincuencia juvenil, homicidio, inadaptación social, drogadicción, ofensas sexuales graves (incluyendo violación) entre personas que han crecido sin padre (mientras que no hay tanta incidencia cuando la que falta es la madre); por el contrario, la presencia del padre durante el crecimiento se revela como un factor fundamental para el control de los impulsos, el dominio de sí mismo y la empatía (capacidad de

¹¹ Chouhy, *Función paterna y familia monoparental*, op. cit.

¹² "Una serie de estudios realizados por H. B. Biller convergen con los resultados de Mc Lanahan en lo que hace a una correlación positiva entre ausencia/presencia paterna y desempeño académico del niño. Así como la ausencia paterna eleva el riesgo de deserción escolar, la presencia y proximidad del padre está correlacionada con un mejor desempeño en la escuela. Blanchard y Biller compararon en este sentido cuatro grupos de niños: (a) padre ausente con pérdida anterior a los tres años de edad, (b) padre ausente con pérdida posterior a los cinco años de edad, (c) padre presente con menos de seis horas de convivencia por semana, (d) y padre presente con más de catorce horas de convivencia por semana". El estudio muestra que las variables "contacto con el padre" y "desempeño académico" están fuertemente correlacionadas. El desempeño escolar más bajo fue el del primer grupo, con pérdida del padre anterior a los tres años de edad (Cf. Chouhy, *Función paterna y familia monoparental*, op. cit.).

entender el sufrimiento ajeno)¹³.

¹³ Cito en extenso los datos aportados pro Chouhy: "En Estados Unidos el 70% de los delinquentes juveniles, de los homicidas menores de 20 años y de los individuos arrestados por violación y otras ofensas sexuales graves crecieron sin padre. En la comunidad negra, en la que la figura paterna ha virtualmente desaparecido, uno de tres menores de 25 años está preso o en libertad condicional. Un padre ausente es el mejor predictor de criminalidad en el hijo varón. En los últimos 20 años el número de arrestos anuales por crímenes violentos cometidos por menores de 20 años pasó de 16.000 a 100.000, siendo éste un período en que el porcentaje de jóvenes en la población se mantuvo estable. Episodios de violencia juvenil en los que intervienen armas de fuego aparecen con frecuencia creciente en las escuelas públicas norteamericanas. El *National Center for Educational Statistics* (Washington D.C., U.S. Department of Education) indica que en el año escolar 1996-1997 se registraron en escuelas 11.000 episodios de violencia en los que fueron usadas armas de fuego. En el 10% de las escuelas públicas norteamericanas hubo hechos de violencia con armas de fuego (robos, homicidios y/o suicidios). La conexión entre ausencia del padre y delincuencia surge de numerosos trabajos de investigación (Adams, Milner & Schrepf, 1984; Anderson, 1968, Chilton & Markle, 1972; Monahan, 1972; Mosher, 1969; Robins & Hill, 1966; Stevenson & Black, 1988; Wilson & Herrnstein, 1985; Bohman, 1971; Kellam, Ensminger & Turner, 1977). Dos economistas de la Universidad de California, Llad Phillips y William Comanor, basándose en un seguimiento de más de 15.000 adolescentes que realiza anualmente el *Center for Human Resources* (Ohio State University), encuentran una fuerte asociación estadística entre ausencia de padre y delincuencia juvenil/violencia: el riesgo de actividad criminal en la adolescencia se duplica para varones criados sin figura paterna. Un punto interesante de este estudio, es que el impacto de una madre ausente respecto de la variable criminalidad es casi nulo, lo que confirma la especificidad de la figura paterna respecto de la conducta transgresora. También dos antropólogos, M. West y M. Konner, detectaron una relación entre ausencia del padre y violencia, al estudiar el funcionamiento de una serie de culturas diferentes. Las culturas con mayor involucración del padre en la crianza de los hijos son las menos violentas (West & Konner, 1976).

Algunos trabajos de investigación sugieren que la función paterna tiene un rol crítico en instaurar la capacidad de controlar los impulsos en general y el impulso agresivo en particular, es decir la capacidad de autoregularse (Mischel, 1961a; Mischel, 1961b; Biller, 1974; Biller, 1976; Biller, 1982; Biller, 1993; Biller, 1994; Biller & Trotter, 1994; Haapasalo & Tremblay, 1994; Patterson & DeBaryshe, 1989; Phares & Compas, 1992; Herzog, 1982; Snarey, 1993; Lisak, 1991; Lisak & Roth, 1990). Esta relación entre función paterna y control de impulsos tiene posiblemente un rol importante en las adicciones (Stern, Northman & Van Slyk, 1984). De hecho el 50% de los toxicómanos en Francia y en Italia provienen de familias monoparentales (Olivier, 1994).

La capacidad de controlar impulsos es necesaria para que una persona pueda funcionar dentro de la ley. Es imprescindible tener incorporada la capacidad de postergar en el tiempo la gratificación, de resistir el impulso a actuar para gratificarse en un momento determinado. Es un componente crítico de la conducta responsable del individuo en sociedad, pero no el único, es también necesaria la capacidad de registrar y tener en cuenta los sentimientos de otras personas, es decir tener capacidad de empatía. Un trabajo de investigación basado en un seguimiento de niños y jóvenes durante 26 años reveló que el mejor predictor de empatía en el adulto es haber tenido un padre involucrado. Es decir, mas que cualquier variable asociada a la conducta de la madre, la empatía, que da la posibilidad de tener un buen registro del sufrimiento del otro, y así inhibir la agresión, es nuevamente un tema de función paterna (Koestner, Franz & Weinberger, 1990). Otros estudios confirman esta co-

El mismo FBI reconoce que las tasas de criminalidad son mayores allí donde los nacimientos de madre soltera son más numerosos; o sea, en “familias” sin padre.

A partir de estos datos puede suscribirse la expresión del psicoanalista canadiense Guy Corneau: “Père manquant, fils manqué”, padre ausente, hijo malogrado¹⁴.

La desorientación causada por el padre ausente

Escribe el especialista en psicología social Tony Anatrella: “Desde hace varios años se nota la relativa ausencia de la función paterna en la estructuración psíquica y social de muchas personas. Los desórdenes de la filiación y de la identidad sexual; la confusión entre lo imaginario y lo real; el aumento de comportamientos de adicción (es decir, de dependencia) a través de la toxicomanía, que indica la dificultad para ocupar el espacio interior; la burla, que es una relación sádica y destructora, y la violencia juvenil, son los principales síntomas”¹⁵.

En un hermoso escrito, el P. José Kentenich, fundador del Movimiento de Schoenstatt, habla también de este problema: “Así como la

nexión entre función paterna y empatía (Sagi, 1982; Biller, 1993; Biller & Trotter, 1994).

Mas allá del efecto que pueda tener sobre el niño la falta de una figura paterna, la presencia o ausencia relativa de figuras paternas en una comunidad, lo que podríamos llamar red paterna, parece estar fuertemente correlacionada con la tasa de criminalidad. La tasa de homicidios y crímenes violentos cometidos por menores de 20 años es más alta en comunidades con una proporción mayor de familias sin padre, controlando estadísticamente el peso de otras variables como nivel socioeconómico, raza o densidad y tamaño de la ciudad (Sampson, 1992). Si se toma por ejemplo la tasa de nacimientos de madre soltera en cada uno de los 50 estados norteamericanos y la tasa de crimen violento en esos estados (de acuerdo a datos del F.B.I.), la asociación estadística entre estas dos variables, es decir su correlación, es 0.825 ($p < 0.01$). A mayor tasa de nacimientos de madre soltera, mayor tasa de criminalidad, con un coeficiente de correlación sorprendentemente alto (como referencia, la correlación entre tasa de criminalidad y tasa de desempleo es 0.187). Si se toma la tasa de nacimientos de madre soltera y la tasa de homicidios por estado, la correlación es nuevamente alta: 0.8565 ($p < 0.01$). Mas aún, si se toma la tasa de nacimientos de madre soltera y la tasa de homicidios por país, utilizando datos de las Naciones Unidas para 45 países, la correlación es 0.889 ($p < 0.01$) (Mackey, 1996). La asociación estadística entre ausencia del padre y delincuencia es más fuerte que la que vincula a fumar y cáncer de pulmón/enfermedades cardiovasculares” (Cf. Ricardo Chouhy, *op.cit*).

¹⁴ Corneau, Guy, *Père manquant, fils manqué*, Les Editions de l'homme, 1989.

¹⁵ Anatrella, Tony, *Las consecuencias psicológicas de la disfunción del sentido de la paternidad en la sociedad actual*, Familia et Vita - (edición española) - Año IV, No 2 - 3, 1999.

auténtica maternidad es elemento integrante de la madurez de la mujer—incluso de la soltera— así también en el caso del hombre lo es un alto grado de firme paternidad. La paternidad no debe ser valorada sólo como presupuesto para un conocimiento vital de Dios y considerada como una ‘prolongación de la paternidad divina’, sino que ella también preserva la existencia humana de la degradación y salva el orden social del derrumbe.

En efecto, la carencia de paternidad acarrea a la humanidad mayores peligros que los que pueda traer consigo un déficit equivalente de maternidad. Vale decir que no basta con complementar la masculinidad con la maternidad en el conjunto de la cultura y hacer que conforme con ella una unidad de tensión, sino que la masculinidad debe encontrar en sí misma un equilibrio. Y esto ocurre a través de la riqueza de la paternidad que hace al hombre—para utilizar una frase de Lacordaire que éste aplica al sacerdote—duro como un diamante y tierno como una madre.

La masculinidad sin paternidad se convierte en una flecha que tiene de continuamente a lo infinito sin retorno al punto de partida; en un judío errante que no sabe de descanso; en un trabajólico que, en perpetua inquietud, planifica y ejecuta, ejecuta y planifica; en una fuerza disolvente que no une ni reúne en alas de una profunda responsabilidad por el amor y la vida; en una furia destructiva que transforma el mundo en un montón de escombros. El hombre que no es padre pasa a ser una bestia, un monstruo, un asesino de la vida, un sepulturero de toda cultura. He aquí, delante de nuestros ojos, la imagen de Occidente y el ideal de una era tecnificada y colectivista (...)

A la luz de la importancia que reviste la paternidad se comprende entonces por qué todos los movimientos que aspiran a generar un orden social nuevo desprendido de la ley natural y del cristianismo positivo, se oponen por todos los medios a ese pilar fundamental de la vida y del orden humanos y trabajan por su destrucción. *Porque mientras exista la paternidad no puede haber repetición estéril, ni ‘igualdad’, ni individuos anónimos reducidos a meros números, ni rebaños u hordas salvajes que se inclinen dóciles y ansiosas ante el látigo o el azúcar del dictador, idolatrando y glorificando a la vez a sus propios verdugos*¹⁶.

¹⁶ Kentenich, José, *En las manos del Padre*, Santiago de Chile (1999), 199-200.

El rol del padre y otras consecuencias psicológicas de su ausencia

El rol del padre en el proceso de maduración del hijo afecta numerosos aspectos de la personalidad del hijo. Mencionemos algunos de ellos.

Ante todo, el padre varón es fundamental para el *proceso general de maduración afectiva del hijo*. A este respecto el prestigioso catedrático Aquilino Polaino-Lorente ha dicho lo siguiente: “La ausencia del padre es, ante todo, la ausencia de una presencia necesaria, cuyas consecuencias condicionan en muchos casos la aparición de numerosos *trastornos psicopatológicos*. (...) Es lógico que sea así, puesto que la ausencia de interacción y de vinculación entre padre e hijo genera numerosos déficits en el ámbito del desarrollo emocional, cognitivo y social del hijo. A través de las relaciones paterno-filiales, el comportamiento paterno provee al hijo del marco normativo necesario que permite a éste percatarse de la realidad y superar su instalación provisional en la mera deseabilidad instintiva (...). Ahora bien, sería un error atribuir a este modelo de paternidad sólo rasgos y características más o menos normativas. El padre también contribuye mediante el apego, la ternura y las manifestaciones de afecto al moldeamiento autoconstitutivo de la afectividad del hijo y, a su través, a la formación de su personalidad (...). Como consecuencia de la vinculación padre-hijo, se proporciona a este último no sólo la seguridad de que tanta necesidad tiene, sino también la confianza en sí mismo, elemento clave sobre el que puede asentarse el crecimiento de su autoestima inicial. El hijo, tras la exigencia amorosa de su padre, aumenta su autoconfianza, remonta su inseguridad inicial, descubre que puede hacer mucho más de lo que hace y que lo hecho por él es valioso, pues de otro modo su padre no lo aprobaría (...). La inseguridad, la inmadurez y el infantilismo constituyen las consecuencias inmediatas en el hijo, generadas por la ausencia del padre. (...) Si el hijo no percibe y realiza en sí mismo el concepto de filiación, por la ausencia del padre, es altamente improbable que disponga de la necesaria madurez para asumir en sí mismo las exigencias que son propias de la paternidad. (...). Sin padre no hay familia, porque toda familia es bicéfala y exige la copresencia simultánea —y no sucesiva— del padre y de la madre (...)”¹⁷.

¹⁷ Polaino-Lorente, Aquilino, ponencia en el simposio sobre “Paternidad de Dios y

En segundo, lugar, la presencia y el rol paterno es punto de referencia fundamental en la *formación del respeto a la autoridad*. “La presencia estable de una autoridad masculina en casa es necesaria para controlar los excesos y para enseñar a los muchachos el autocontrol, especialmente durante la adolescencia. Si la autoridad del varón adulto desaparece en una comunidad, falla el proceso de socialización y la vida de los chicos se vuelve caótica. Robert Rector alude a la descripción que el novelista William Golding hace en “El señor de las moscas” del proceso de desintegración de un grupo de chicos al que falta la autoridad del adulto. La presencia del padre-marido, como aquél que tiene la responsabilidad de conseguir lo necesario para que la familia pueda vivir, es importante porque ofrece un modelo con el que se identifica el joven. Sin esa aspiración, se deteriora su empeño en la educación y en el trabajo. Hay que tener en cuenta que si un joven no se identifica con esa figura, otros modelos vendrán a ocupar ese vacío, con grandes probabilidades de que sean modelos no precisamente ejemplares, como el jefe de la pandilla, etc.”¹⁸. Desde el punto de vista de la formación del respeto a la autoridad, la ausencia del padre afecta más a los niños que a las niñas. “Hacia los ocho años —comenta la socióloga Evelyn Sullerot— los niños tienden a saltarse las normas de lo permitido, a romper los límites, en ausencia de una autoridad de referencia. También se ha comprobado la alta frecuencia de hogares sin padre entre los jóvenes toxicómanos”¹⁹. De aquí que uno de los efectos de la ausencia del padre sea la inadaptación social, la violencia juvenil y el aumento de la criminalidad adolescente (y, en crecimiento, incluso la infantil).

En tercer lugar, la figura del padre es crucial también para el desarrollo *psicosexual* de los hijos: Gracias a la relación con el padre, tanto el niño como la niña afirman su identidad sexual. “El rechazo o la ausencia de la función paterna entraña, a largo plazo, el rechazo mismo de la diferencia de sexos y la valorización del mito social de la ideología homosexual como signo de la modernidad”²⁰. En su libro *“Una guía para padres sobre cómo prevenir la homosexualidad”*, Joseph Nicolosi,

paternidad en la familia”, Vaticano, 3 a 5 de junio. Cf. Contreras, Diego, *Papá, vuelve a Casa. Simposio en el Vaticano sobre la paternidad*, Aceprensa (93/99), 23 Junio 1999.

¹⁸ Cf. Contreras, *loc. cit.*, ponencia de Robert Rector, de la Heritage Foundation.

¹⁹ Sullerot, E., *op. cit.*

²⁰ Cf. Contreras, *loc. cit.*, referencia a la ponencia de Tony Anatrella, experto en psiquiatría social.

especialista en el problema de la homosexualidad infantil, afirma esta verdad: “Muchos de mis pacientes homosexuales me dicen que sus padres no tenían nada que darles. Uno de ellos, de veintiséis años, me dijo recientemente: ‘Mi papá estaba allí, pero no estaba. Me explico, estaba en la casa, pero no puedo recordar nada notable o significativo de él’”. Y recuerda la pregunta atónita de un hombre (que consultaba por el caso grave de su hijo) a quien este médico le estaba explicando que debía involucrarse a fondo en los afectos del muchacho, estar con él, ser cariño y sensible, hacerse querer y convertirse en modelo para él, etc.: “¿Entonces usted está diciendo que mi hijo no necesita terapia?”. La respuesta del médico fue: “Le dije que su hijo en realidad no necesitaba terapia. Él necesita a su papá”²¹.

La presencia (activa y positiva) del padre es fundamental, pues, para la sana maduración de la identidad sexual de los hijos, sean éstos varones o mujeres. En su comentario al libro de Mons. Paul Cordes, “El eclipse del padre”²², Juan Manuel Burgos, resume las características y aportaciones positivas que Cordes asigna a la paternidad en las siguientes:

“1) En primer lugar, y aunque a primera vista pueda parecer contradictorio, la ruptura de la unidad madre-hijo. La unidad madre-hijo es esencial en la historia de cada persona tanto desde un punto de vista físico (imprescindible) como espiritual. Pero esa unidad no puede ser absoluta y corresponde al padre reconducirla a sus justos términos para bien de ambos. La entrada del padre en esa unidad abre al hijo a la necesaria relación con el mundo que le va a permitir desarrollarse como hombre (o mujer) fuera del influjo del regazo materno, protector y acogedor pero limitativo. Pero esa ruptura libera asimismo a la madre de la cerrazón y de la posesividad. El instinto materno de donación puede transformarse en instinto de posesión y de exclusión y es misión del padre salvar a la madre de ese peligro.

2) El papel del padre resulta asimismo esencial en la formación de la identidad del hijo. Siguiendo los estudios de Eriksson, el conocido estudioso de la evolución infantil, Cordes muestra cómo el padre repre-

²¹ Nicolosi, Joseph y Linda, “Una guía para padres sobre cómo prevenir la homosexualidad”, México D.F. (2005), 36-37. La traducción es muy deficiente; es preferible la versión original: *A Parent's Guide to Preventing Homosexuality*, Inter-varsity Press (2002).

²² Cordes Paul, Josef, *El eclipse del Padre*, Madrid (2003).

senta elementos clave de referencia para el hijo: la fortaleza, la sabiduría, la compañía necesaria para introducirse en el mundo y aprender a ser hombre.

3) Pero la identidad del hijo, especifica Cordes, incluye también la identidad sexual. El padre constituye, evidentemente, el modelo de referencia para el hijo varón que encuentra en él el paradigma de la masculinidad. En ese modelo puede aprender a ser fuerte pero no violento, impulsivo o audaz pero no agresivo, decidido pero no cerril. Pero la influencia del padre no se limita al hijo varón, alcanza también a las hijas. La feminidad se realza y se define frente a la masculinidad y el padre varón supone para las hijas, además de los valores de fortaleza y sabiduría ya mencionados, el opuesto sexual frente al que ellas se definen y, por consiguiente, se fortalecen como mujeres”²³. Sobre este último punto, otra autora añade: “Una joven educada sin un padre tiene menos seguridad en sí misma, una baja autoestima, exige mucho menos de los hombres y, en cambio, cae ante el primer espejismo o promesa de amor esporádico. Cuando una joven no puede confiar y amar al primer hombre de su vida —su padre—, el resto de sus relaciones resultarán dañadas”²⁴.

De aquí que, cuando el padre está ausente (o estando presente no ocupa su lugar) puedan presentarse numerosos problemas para la identidad sexual del hijo o de la hija. Lo reconoce un especialista en el problema homosexual como G. van den Aardweg: “Un chico puede llegar a sentirse menos masculino, menos viril, cuando ha sido educado de una forma sobreprotectora y de ansiedad por una madre entrometida, cuando su padre ha prestado poca importancia a su educación”²⁵. De hecho, la homosexualidad, fenómeno hoy en día creciente, tiene como una de sus causas la deformación de las relaciones entre padre-hijo/a, madre-hijo/a. Nuevamente explica Aardweg: “En el 60-70% de los casos, la madre, de una forma u otra, ha sido demasiado interesada: sobreprotectora, dominante, entrometida, mimosa, intrigante o proclive a viciar. Ha tratado a su hijo como un bebé, o como su favorito, su confidente. Estas influencias han hecho al chico dependiente y débil,

²³ Burgos, Juan Manuel, *La ausencia del padre en nuestra sociedad. Comentario al libro “El Eclipse del Padre”*, Revista Arbil 69 ([www.arbil.org/\(69\)cord.htm](http://www.arbil.org/(69)cord.htm)).

²⁴ Cf. Pimentel, Aurora, *Cuando la paternidad se desmorona. Los hombres bajo sospecha*, Aceprenta 18 Octubre 1995.

²⁵ Aardweg, G. van den, *Homosexualidad y esperanza*, Navarra (1997).

han sofocado su espíritu emprendedor, su coraje y su autoconfianza. Este tipo de madres transmite su actitud temerosa de la vida hacia sus hijos; una madre que quiere decidirlo todo por su hijo anula su voluntad y su iniciativa. Los chicos criados así difieren bastante de la vitalidad infantil normal; son demasiado obedientes o inhibidos. Puede ocurrir también que un hijo esté demasiado apegado a su madre por culpa de un afecto sin moderación —esencialmente egocéntrico— o adoración de la madre hacia el chico, el cual se coloca en una situación especial. Él será luego incapaz de salir de la atmósfera de seguridad y de mimo de su madre, y vuelve a ella tan pronto como el mundo exterior no le responde placenteramente. Quien quiera un ejemplo sobre los perniciosos efectos de este amor enfermizo madre-hijo debe leer la vida del novelista francés Marcel Proust: escribía cartas de amor a su madre cuando era adolescente, ¡viviendo ambos en la misma casa! (...)

A pesar de las tentativas de militantes homosexuales y de reformadores sexuales liberales de minimizarlo, es indiscutible que las madres han ocupado un lugar demasiado principal en la niñez de numerosos hombres homófilos. La consecuencia es que el hijo depende demasiado de su madre, y preserva su actitud hacia ella sin modificar ese ‘niño que se compadece’ que lleva dentro. Este ‘niño’ tenderá a transmitir esta actitud hacia otras mujeres. Ha sido el ‘niño bonito de mamá’, el ‘niño obediente y temeroso’, el ‘chico dependiente’ y, en algunos casos, ‘el chico reprimido y tiranizado’. Estos lazos maternos son enfermizos y constituyen un gran obstáculo para que el niño se convierta en un hombre adulto. Después de muchas conversaciones con hombres angustiados por sus tendencias homosexuales, el investigador y terapeuta Bieber afirmó que ninguno de sus pacientes había tenido una relación normal padre-hijo. En la mayoría de los casos, el padre estaba ‘alejado’, no se involucraba en los intereses y en la vida cotidiana de su hijo. Mi experiencia es la misma. Un análisis más detallado de una serie de factores psicológicos infantiles —llevado a cabo con un subgrupo de 120 de mis pacientes masculinos con este problema— dio como resultado que tan sólo dos o tres casos de relación padre-hijo podían ser considerados positivos. Incluso en aquellos casos la relación con el padre era una relación distante. Uno de los padres era ya anciano cuando su hijo era un chico; y el otro caso, el lazo afectivo entre el padre y el hijo me pareció demasiado frívolo. Podemos afirmar entonces que rara vez la relación padre-hijo es positiva: el hombre que desarrolla un complejo de

inferioridad homosexual no ha tenido la oportunidad de conocer a su padre como un auténtico padre”²⁶.

Consecuencias en la imagen de Dios

La crisis de paternidad también tiene serias consecuencias en el plano espiritual y teológico. En otro lugar me he ocupado, brevemente, del acierto, *no premeditado y a pesar suyo*, de Sigmund Freud, al elaborar su teoría del complejo de Edipo. En efecto, la teoría freudiana, según los acertados estudios del Dr. Paul Vitz, no da razón suficiente (como pretende su autor) de que los hombres, por proyección de la dramática y conflictiva relación con su padre, inventen la idea de Dios, pero sí se muestra curiosamente interesante para explicar que los hombres que tienen una relación penosa con su progenitor, terminen por proyectarse una idea negativa de Dios, e incluso negando a Dios²⁷. El complejo de Edipo, en contra de las expectativas de Freud, sirve más bien para explicar cierto tipo de ateísmo y no la creencia en Dios²⁸. El mismo Freud reconoce los “innumerables casos de sujetos jóvenes que pierden la fe religiosa en cuanto cae por tierra para ellos la autoridad paterna”²⁹. Por tanto, la crisis de paternidad mina la imagen que los hombres tienen de Dios.

Esto es reconocido por muchos especialistas. Por ejemplo, dice Anatrella: “Muchas personas se sienten divididas entre las imágenes positivas y negativas de su experiencia paterna. Ese conflicto, con deseos tan contradictorios, se puede trasladar a Dios Padre a través de una interpretación proyectiva. Adolescentes y adultos rechazan a Dios, a quien habían aprendido a descubrir durante la infancia, porque no logran tratar el conflicto de la imagen paterna. Algunos están angustiados inconscientemente por la idea misma de que Dios pueda ser Padre, hasta el punto de huirle”³⁰.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ Cf. Vitz, Paul, *Faith of the Fatherless. The Psychology of Atheism*, Dallas (1999); Id., *Sigmund Freud's Christian Unconscious*, Grand Rapids, Michigan (1993).

²⁸ Cf. Fuentes, Miguel, *Razones psicológicas del ateísmo*, en: *Diálogo* 45 (2007), 103-124.

²⁹ Freud, Sigmund, *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*, en: *Obras completas*, vol. II, Madrid (1948), 394.

³⁰ Anatrella, Tony, *Las consecuencias psicológicas de la disfunción del sentido de la paternidad en la sociedad actual*, *op. cit.* La perspectiva usada en este artículo es psicoana-

Lo afirmaba con más contundencia y penetración el P. Kentenich: “La raíz irracional³¹ de nuestra fe en Dios está enferma (...). Esta raíz irracional de nuestra fe en Dios es la vivencia paternal natural que penetra hasta el subconsciente del alma y que, de acuerdo a la ley de transmisión de afectos, puede y debe ser traspasada a Dios Padre, el único en quien tenemos un punto de reposo, una seguridad que vence todas las dificultades en medio de las tormentas del tiempo actual”³². Y añadía poco más adelante: “¿Tengo razón cuando digo que vivimos un tiempo sin padres? ¿Tengo razón al añadir: porque vivimos un tiempo sin padres, vivimos también una época sin Dios? (...) No tenemos países de Dios porque ya no tenemos países de padres. Y por eso tampoco tenemos países de hijos. Se suele citar una afirmación de Pestalozzi: ‘La mayor tragedia del tiempo actual es que ha perdido el sentido filial, porque ello imposibilita la actividad paterna de Dios’. Visto psicológicamente, la raíz profunda de esta pérdida del sentido filial está en que vivimos una época sin padres. *Es un hecho deprimente no tener padres sanos que puedan despertar el sentido filial natural que penetra hasta el subconsciente del alma y abarca todo el hombre*”³³.

Y apelando a la exclamación nietzscheana sobre la muerte de Dios, dice: “Quisiera citar otra frase de Nietzsche y ponerla en este contexto. Conocemos su grito: ‘¡Dios ha muerto!’ ¿Me darían la razón si afirmo que Dios ha muerto porque el padre, en el orden natural, ha muerto? Sin una profunda vivencia filial, en el orden natural, frente al padre real o a un padre sustituto, es, en términos normales, extraordinariamente difícil lograr una vivencia y una imagen consecuente de padre sobrenatural. ¿De dónde proviene, entonces, el que hoy hablemos de esta fuerte represión del anhelo por Dios? Se debe al hecho de que vivimos una época sin padres y, por eso, una época sin Dios. Quien comprende esto tiene una de las respuestas más profundas a las necesidades religiosas de nuestro tiempo, sobre todo si se trata de la juventud”³⁴.

Ésta es una verdad fundamental que no hace más que aplicar el

lítica, por lo que no necesariamente compartimos todos sus puntos de vista; pero muchas observaciones son ciertamente valiosas.

³¹ “Irracional” quiere decir, en este texto de Kentenich, que está ligada más a los sentimientos que al uso de la razón. Es algo previo a la razón. No significa “contrario a la razón”.

³² Kentenich, *op. cit.*, 101.

³³ *Ibidem*, 101-102.

³⁴ *Ibidem*, 102.

principio básico: lo sobrenatural se arraiga en lo natural: el orden inferior (natural) es expresión, medio y protección para el superior. Cuando el amor del hijo hacia su padre terreno “se da, penetra profundamente hasta la vida anímica preconsciente, inconsciente y subconsciente; de este modo, será fácil, según la ley de la transferencia orgánica, transferirlo al Padre del cielo. Tal como lo indica la experiencia, innumerables católicos no llegan a una relación filial profunda con Dios Padre porque les falta la base en el orden inferior. Por la misma razón, para muchísimos el Padre del cielo va perdiendo realidad con el tiempo; se esfuma como una mera idea (...) *Una época sin padres es una época sin raíces y sin hogar, pero también sin Dios*”³⁵.

Vivimos en una época marcada por las ideologías, por sistemas de escritorio ignorantes de las más elementales leyes de la psicología real. “La persona llega a arraigarse fuertemente y a plenificarse sólo a través de otra persona, a través de vínculos personales. Como a un árbol sin raíz, le sucede a un ser humano sin este múltiple enraizamiento en el orden inferior, en el orden natural: es arrojado rápidamente de este orden y no crece con suficiente profundidad hacia el orden superior, hacia el orden sobrenatural. Éste es el caso normal. Excepciones confirman la regla”³⁶. El ser humano, por tanto, no alcanza su maduración incubado por “entidades” sociales, como el Estado, la Escuela, o los Sistemas, sino por personas de carne y hueso que se relacionan con él *a partir* de vínculos naturales (la carne y la sangre, la amistad, el amor). El Estado, la Escuela (como institución impersonal), los Sistemas, etc., *por sí solos* no forman personas, sino “entes desvinculados”, cerrados sobre sí mismos, huérfanos universales, desamparados hambrientos y, en definitiva, inadaptados sociales, seres sin empatía, resentidos.

Los caminos de la “expulsión del padre”

Las causas de la disolución de la vocación paterna son muy variadas: es resultado, por un lado, de la corrupción cultural y social que viene verificándose desde hace varios siglos, y, por otro lado, objetivo de campañas sistemáticamente organizadas y ejecutadas. Que el fin de estas últimas sea lograr una sociedad de individuos despersonalizados

³⁵ *Ibidem*, 186.

³⁶ *Ibidem*, 187.

para manejarlos según el querer arbitrario de poderes misteriosos, puede ser pura especulación o no; pero que el resultado perceptible sea una masa de corderos a los que se puede llevar de las narices, es innegable; yo no tengo autoridad ni elementos para decir si esto es un propósito (complot) deliberado (como afirman algunos) o no. En algunos hechos históricos ha sido así; no necesariamente lo es en todos los casos.

Los factores y circunstancias que han contribuido a este fenómeno podemos identificarlos fácilmente:

- El primero (en muchos casos particulares, el fundamental) son los vicios personales. Hay muchos padres (y madres) que no cumplen su misión paternal sencillamente porque no quieren, ni les interesa o porque a eso los empujan sus vicios. Es el egoísmo personal y todo lo que nace de él (al menos por parte de uno de los cónyuges) lo que desemboca en el drama del divorcio, del adulterio, del abandono del hogar, del concubinato, de las uniones libres, etc. Hay padres que dejan a sus hijos (y a su cónyuge) movidos por su egoísmo (que es el alma de la lujuria, de la avaricia, de los malos amores, de la pereza, y de los demás pecados), así como hay muchos que sin abandonarlos viven como si lo hubieran hecho, es decir, despreocupados de sus problemas, de su educación, de la formación de su afectividad, de su carácter y de su porvenir. En la inmensa mayoría de las separaciones y divorcios (no de todos, ciertamente), el daño (a menudo irreparable) causado a los hijos (y a menudo a un cónyuge inocente o no tan culpable) no pesa para frenar la disolución de la familia. Pesan más las pasiones personales, los malos amoríos, los deseos desenfrenados. También hay casos (en alarmante aumento) en que los padres no están ausentes de sus hijos, sino que mantienen una presencia *negativa*: es el caso de los padres físicamente violentos, e incluso —pecado que clama al cielo— abusadores sexuales de sus hijos o tolerantes de esta realidad³⁷.

³⁷ Esta tragedia, de consecuencias gravísimas, parece haber aumentado en los últimos tiempos. Muchas noticias afirman que, de hecho, la pedofilia, abuso sexual de menores, es un fenómeno *principalmente*, intrafamiliar y raramente extrafamiliar. Por ejemplo, se lee en La Nación de febrero de 2008: “Frecuentemente, el abuso se produce dentro de la familia, por parte de alguno de los padres (biológicos o no), o de un familiar cercano. El niño no puede contarle, porque se siente culpable y teme que si devela su secreto se destruirá la familia. Son menos los casos en que el abusador es un maestro, otro niño o un extraño” (La Nación, 1 de marzo de 2008, “Los síntomas que revelan un drama secreto”). En otro artículo: “Al panorama puesto al descubierto por las estadísticas se suma la realidad a la que se enfrentan los profesionales que deben asistir a los menores: la mayoría de los casos de

- Relacionado con lo anterior, puede señalarse también como causa, al menos para algunos casos, la incapacidad de muchas personas para solucionar el conflicto de haber sido víctimas de un abandono o de abusos dentro de la propia familia. Es un hecho que muchas personas que han sido abandonadas por sus padres, a pesar de haber sufrido esta herida en carne propia, la repiten más tarde con sus propios hijos y cónyuges. Volveré sobre esto al final, porque lo considero muy importante.
- Mucha culpa tienen los científicos que en el último siglo se han puesto a jugar a ser Dios. Éste es un factor destacable. La falsa ciencia (algunos hablan acertadamente de “bioideología”) ha divorciado la paternidad/maternidad de la genitura. Con la técnicas de fecundación artificial, clonación, etc., el hombre y la mujer dejan de ser padre y madre de los seres que engendran, para ser material biológico del que se obtiene la vida: “macho reproductor” o “hembra reproductora”. El hombre puede ser simplemente un donante o vendedor de esperma, sin ser padre de sus hijos; la mujer, un vientre alquilado o una donante o vendedora de óvulos; los cónyuges, una pareja de compradores de células germinales ajenas. La mayoría de los engendrados en laboratorio (cuya incalculable mayoría no supera la etapa de criopreservación y están destinados a no terminar jamás su desarrollo), son los hijos de nadie; la frágil e inútil manufactura de la curiosidad y la ambición científica. La gravedad del drama, sin embargo, se evidencia más cuando observamos que nuestra sociedad, siendo sabedora de todo esto (al menos de mucho de esto), no se escandaliza ni reacciona; es decir, ha claudicado ante el mal.
- Finalmente, señalo las ideologías que pretenden la destrucción de la familia. Ante todo, los movimientos ideológicos y políticos que minan y destruyen la autoridad paterna en la familia. También el movimiento

abuso sexual, especialmente los que tienen como víctima a niños y niñas, ocurren dentro del hogar, y los victimarios suelen ser los padres, padrastros, abuelos o tíos” (La Nación, 24 de febrero de 2008, “Creció 50% el abuso sexual de menores”). Sin embargo, es importantísimo matizar los datos periodísticos que hablan del abuso sexual intrafamiliar, porque, si bien es cierto que la mayoría de estos problemas ocurre dentro del núcleo familiar, ocurre cada vez con más frecuencia que el abusador no es el padre biológico del niño, sino un “nuevo conviviente” de su madre, lo que revela que también el aumento de abusos sexuales contra niños está directamente unido al declive de la paternidad (Cf. Pimentel, Aurora, *Cuando la paternidad se desmorona. Los hombres bajo sospecha*, Acepresna 18 Octubre 1995. El artículo hace referencia al libro de David Blankenhorn, *Fatherless America*, Nueva York [1995]).

del feminismo extremo que, con la excusa de reivindicar el rol de la mujer, introduce dialéctica entre varón y mujer, entre mujer y maternidad, entre esposa y maternidad, etc. En particular los ideólogos de la teoría de género, que separa la biología (varón, mujer) de la sexualidad (roles sexuales). Y todos los movimientos culturales que intentan con todas sus fuerzas la demolición de la familia, especialmente la llamada “cultura gay” que promueve el matrimonio entre homosexuales y la adopción por parte de parejas homosexuales.

Recuperar al padre: la solución

Por lo que llevamos dicho, se comprende que no pueden revertirse muchos de los actuales dramas socio-culturales (la *cultura de la muerte*) sin recuperar la figura paterna³⁸. Por tanto, los padres deben aprender a ser padres y luchar por serlo, a pesar de la oposición que les presente el mundo. Para esto es necesario que recordemos tres cosas. Lo primero, que la paternidad es una realidad del orden natural, esencial a la sociedad humana, insustituible para el orden social. En segundo lugar, que también es un don y una vocación divina así como una responsabilidad ante Dios, pues el hijo es un don de Dios, y todo padre responde ante Dios por sus hijos; si a Caín se le reclama la sangre de su hermano, ¿qué no reclamará Dios a los que ha asociado a su poder creador a través de la paternidad biológica? Por último, que toda paternidad viene de Dios (Sant 1,17: *Toda dádiva buena y todo don perfecto viene de lo alto, desciende del Padre de las luces*), y, por tanto, se aprende a ser padres en la escuela de Dios Padre.

Esto último es muy importante y por aquí puede pasar, en gran medida, la recuperación de la conciencia paternal. Si bien hemos dicho que una mala experiencia de la paternidad humana influye en la imagen divina que todo hombre se forma, esto puede revertirse e incluso hacer el camino inverso; es decir, que, *a pesar* de las malas experiencias en

³⁸ Si bien en este artículo he apuntado fundamentalmente a destacar la necesidad de defender y recuperar la figura del padre biológico, no niego, ni mucho menos, que muchos padres adoptivos (y quienes sin llegar al título legal de tales, ejercen una auténtica paternidad espiritual) sean más que capaces de colmar esta laguna paternal en la vida de muchos seres humanos. De todos modos, es evidente que la crisis en la paternidad no se cura con la generosidad y entrega ni de padres adoptivos ni de padres espirituales, y mientras la familia siga el ruinoso itinerario que le impone la cultura reinante, menos capaces serán los hombres de desempeñar cualquier tipo de paternidad.

la biografía personal de cada uno, si se bebe en las aguas saludables del Evangelio, los hombres pueden aprender *de Dios* (del *Dios Padre* enseñado por Jesucristo) a ser padres.

“El padre humano, escribía Kentenich, es en todo sentido, (de acuerdo con su vocación y según sus posibilidades), el más maravilloso transparente del eterno Padre Dios y el más directo, aún cuando se producen deformaciones en el transparente que, según la ley psicológica de la transferencia de afectos también se aplica a Dios. Es adecuado, entonces, examinar las cualidades del Padre eterno y meditar sobre cómo esas cualidades pueden aplicarse también al padre humano”³⁹. De Dios Padre podemos aprender a ser padres humanos. El mismo autor señala algunos atributos de Dios Padre que todo padre debe esforzarse por imitar en el ejercicio de su paternidad: inmutabilidad, omnipresencia, omnisciencia, sabiduría, santidad, misericordia y justicia.

Dios es inmutable; del mismo modo, debe haber una inmutabilidad (estabilidad, si se quiere) en los principios y decisiones de todo padre terreno; la estabilidad es fundamento de toda autoridad. Es cierto que el padre humano no es infalible y debe, por tanto, tener cierta flexibilidad ante la realidad, para saber rectificar sus yerros o acomodarse a los innumerables contingentes de la vida ordinaria. Pero el espíritu caprichoso y tornadizo que se evidencia en los hombres de hoy (en sus principios intelectuales y morales y en sus decisiones vitales) mina toda autoridad paterna. Un padre cambiante, inseguro, veleta, inconstante, mudable, indeciso, etc., no tiene autoridad y transmite a sus hijos un espíritu voluble y caprichoso y una enorme inseguridad y desorientación en la vida.

Dios es omnipresente, está en todas partes. El padre humano no puede estar en todas partes, pero debe intentar estar presente a sus hijos cuanto le sea posible. Afectivamente, llevándolos en su corazón y en su mente (obrando por su interés y su amor). Pero también físicamente; el “sistema preventivo” de Don Bosco, monumento histórico de educación de la juventud, se basa en un principio básico: “el director debe vivir consagrado a sus educandos y no aceptar nunca ocupaciones que le alejen de su cargo”⁴⁰; y añade, hablando de la función de los asistentes: “Siempre que sea posible, los asistentes han de llegar antes que los alumnos a los sitios donde tengan que reunirse, y estar con ellos hasta

³⁹ Kentenich, *op. cit.*, 115.

⁴⁰ Cf. *Memorias biográficas del Oratorio*, tomo 4.

que vayan otros a sustituirlos en la asistencia; no los dejen nunca desocupados, ni siquiera en tiempo de recreo". Los padres deberían adaptar esto a su propia función; ellos, con mayor razón que un director, han de gastar tiempo con sus hijos; sin ahogarlos y sin anular su necesidad de intimidad⁴¹, los padres han de tener para con ellos una presencia aseguradora que alimente su confianza. Se lee al respecto en un valioso documento de la Iglesia: "Es necesario que los padres encuentren el tiempo para estar con los hijos y dialogar con ellos. Los hijos, don y deber, son su tarea más importante, si bien aparentemente no siempre muy rentable: lo son más que el trabajo, más que el descanso, más que la posición social"⁴².

Dios es omnisciente y sabio; ninguna creatura puede serlo. Pero los padres deben saber, en la medida en que sean capaces, cuanto concierne a sus hijos. No me refiero a la teoría sobre los hijos, sino al conocimiento del hijo: de su identidad, sus problemas, sus aspiraciones, sus ideales. Esto no se logra sino escuchando a los hijos y observando a los hijos. Si los padres no conocen a sus hijos, ¿quién los conocerá? Uno de los reproches más dolorosos que se escucha de hijos abandonados de sus padres es el que éstos no se interesaron por ellos. No se puede esperar que los hijos hablen con sus padres si éstos no manifiestan disposición e interés en conocer el alma de sus hijos.

Dios es santo; los buenos padres han de aspirar a la santidad. La santidad es la vocación universal de todo hombre. Para ser hombres perfectos hay que estar unidos a Dios por la gracia. Para ser buenos (y *muy* buenos) padres, éstos deben estar unidos a Dios. Es probable que la raíz del drama de muchas familias no sea otro que la renuncia a la santidad por parte de los padres y/o de los hijos. La mayoría de los problemas se soluciona por medio de la gracia, porque el 90% de los problemas son problemas de falta de virtud y de la renuncia a la vida eterna.

⁴¹ Dice el Documento *Sexualidad humana. Verdad y significado*, del Pontificio Consejo para la Familia (1995): "En estrecha conexión con el pudor y la modestia, que son defensa espontánea de la persona, que se niega a ser tenida y tratada como objeto de placer en vez de ser respetada y amada por sí misma, se ha de considerar el respeto de la intimidad: si un niño o un joven ve que se respeta su justa intimidad, sabrá que se espera de él igual comportamiento con los demás. De esta manera, aprenderá a cultivar su sentido de responsabilidad ante Dios, desarrollando su vida interior y el gusto por la libertad personal, que le hacen capaz de amar mejor a Dios y a los demás" (n. 57).

⁴² *Ibidem*, n. 51.

Finalmente, Dios es, al mismo tiempo y sin dialéctica, misericordioso y justo. Como Él, los padres terrenos deben aspirar a saber ser justos pero también perdonadores. A tener mano de acero, pero con guante de seda. Firmeza y suavidad al mismo tiempo.

De este modo, los padres aprenden su paternidad de Dios, y enseñan a sus hijos el camino hacia Dios.

Un buen padre “es” y un buen padre “no es”...

Si miramos, pues, el ejemplo divino del Padre celestial y de Jesucristo, encontraremos la más perfecta guía de “paternidad en serio”⁴³: ¿qué hace un buen padre que imita la paternidad divina?, ¿qué no hace jamás un buen padre que imita a Dios?

A) Lo que hace un padre

- 1º Un padre es alguien que ama primero: *En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de expiación por nuestros pecados* (1Jn 4, 10); Nosotros amamos, porque él nos amó primero (1Jn 4, 19).
- 2º Un padre es alguien que se olvida de sí para atender al bien de su hijo: *El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos* (Mt 20, 28); ¡Hijitos míos!, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros (Gal 4, 19).
- 3º Un Padre es alguien que transmite vida, verdad y bien: *Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn 10, 10); *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida. Nadie va al Padre sino por mí* (Jn 14, 6); *él (Jesús) pasó haciendo el bien* (Hch 10, 38).
- 4º Un padre es alguien que se compadece y actúa con misericordia con respecto al hijo: *Sed compasivos como vuestro Padre es compasivo* (Lc 6, 36); *Y al desembarcar, vio mucha gente, y sintió compasión de ellos, pues estaban como ovejas que no tienen pastor, y se puso a enseñarles muchas cosas* (Mc 6, 34); *Al acercarse y ver*

⁴³ Debo las consideraciones de este punto al Padre SV que gentilmente me ha permitido usarlas en este trabajo.

- la ciudad, lloró por ella: ¡Jerusalén, Jerusalén!...¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no has querido! (Mt 24, 37 y Lc 19, 41).*
- 5º Un padre es alguien que corrige y educa a quien ama: *Sufrís para corrección vuestra. Como a hijos os trata Dios, y ¿qué hijo hay a quien si padre no corrige? Mas si quedáis sin la corrección, que a todos toca, señal de que sois bastardos y no hijos (Heb 12, 7-8).*
- 6º Un padre es alguien que defiende la vida del Hijo, sobre todo la vida espiritual: *Cuando estaba yo con ellos, yo cuidaba en tu nombre a los que me habías dado. He velado por ellos y ninguno se ha perdido, salvo el hijo de perdición... (Jn 17, 12); Celoso estoy de vosotros con celos de Dios...temo que, al igual que la serpiente engañó a Eva con su astucia, se perviertan vuestras mentes apartándose de la sinceridad de Cristo (2Co 11, 2.3).*
- 7º Un padre es alguien que está dispuesto a dar la vida por la prole: *Respondió Jesús: Ya os he dicho que soy yo; así que si me buscáis a mí, dejad marchar a éstos. Así se cumpliría lo que había dicho: De los que me has dado, no he perdido a ninguno (Jn 18, 8); vivo en la fe del Hijo de Dios que me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gal 2, 20).*
- 8º Un padre es alguien que observa y escucha siempre todo lo que se refiere a su hijo, pero habla y reprende sólo cuando la prudencia lo requiere: *¿De qué discutías por el camino? (Mc 9, 33); Simón, tengo algo que decirte (Lc 7, 40); Mucho tengo todavía que deciros, pero ahora no podéis con ello (Jn 16, 12); Yo, hermanos, no pude hablaros como a hombres espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os di a beber leche y no alimento sólido, pues todavía no lo podíais soportar (1Co 3, 1-2).*
- 9º Un padre es alguien que da sin contar el número, que no pretende del hijo la eficacia de un empleado, sino la compañía de un amigo: *Mirad, es la tercera vez que estoy a punto de ir a vosotros, y no os seré gravoso, pues no busco vuestras cosas sino a vosotros (2Co 12, 14); No os llamo ya siervos...a vosotros os he llamado amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer (Jn 15, 15); Padre, los que tú me has dado, quiero que donde yo esté estén también conmigo (Jn 17, 24).*

- 10º Un padre trabaja para alimentar a sus hijos: *Efectivamente, no corresponde a los hijos ahorrar para los padres, sino a los padres ahorrar para los hijos. Por mi parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré por vuestras almas. Amándoos más, ¿seré yo menos amado?* (2Co 12, 14-15).
- 11º Un padre es alguien que espera ser amado, y no se avergüenza de reclamar tal amor a su hijo: *Simón de Juan, ¿me amas más que éstos?* (Jn 21, 15ss); *¡Corintios!, os hemos hablado con toda franqueza; nuestro corazón está abierto de par en par. No está cerrado nuestro corazón para vosotros...Correspondednos; os hablo como a hijos; abríos también vosotros* (2Co 6, 11-13); *Dadnos lugar en vuestros corazones* (2Co 7, 2).
- 12º Un padre enseña tanto con la palabra con el ejemplo: *Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros* (Jn 13, 14); *Cristo sufrió por vosotros, dejándoos un modelo para que sigáis sus huellas* (1Pe 2, 21).
- 13º Un padre confía siempre, y su confianza engendra fidelidad: *En todo habéis mostrado que erais inocentes en este asunto...Me alegro de poder confiar totalmente en vosotros* (2Co 7, 11.16).
- 14º Un padre reza por sus hijos: *Padre santo, cuida en tu nombre a los que me has dado...no ruego sólo por éstos, sino también por aquellos que, por medio de su palabra, creerán en mí* (Jn 17, 11.20); *Doy gracias a mi Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre y en todas mis oraciones con alegría por todos vosotros* (Fil 1, 3-4); *En todo momento damos gracias a Dios por todos vosotros, recordándoos sin cesar en nuestras oraciones* (1Tes 1, 2).
- 15º Un padre enseña a rezar a sus hijos: *Estaba él orando en cierto lugar y cuando terminó, le dijo uno de los discípulos: Señor, enséñanos a orar...Él les dijo: Cuando oréis, decid: Padre...* (Lc 11, 1ss).

B) Lo que nunca hace un buen padre

- 1º Un buen padre no odia a su prole: *Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor* (Jn 15, 9).
- 2º Un buen padre no abandona a su prole: *No os dejaré huérfanos: volveré a vosotros* (Jn 14, 18).

- 3º Un buen padre no escandaliza a su prole: *Y al que escandalice a uno de estos pequeños que creen, mejor le es que le pongan al cuello una de esas piedras de molino que mueven los asnos y que le echen al mar* (Mc 9, 42).
- 4º Un buen padre no exaspera a sus hijos: *Padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos más bien mediante la instrucción y la exhortación* (Ef 6, 4).
- 5º Un buen padre no pone sus comodidades por sobre su vocación y responsabilidad: *No corresponde a los hijos atesorar para los padres, sino a los padres atesorar para los hijos. Por mi parte, muy gustosamente gastaré y me desgastaré totalmente por vuestras almas. Amándoos más ¿seré yo menos amado? Es verdad, en nada os fui gravoso; pero en mi astucia, os capturé con dolo.* (2Co 12, 14-16).
- 6º Un buen padre no hace “vista gorda” ante los pecados de su hijo, sino que corrige el vicio cuando lo ve despuntar: *No os escribo esto para avergonzaros, sino más bien para amonestaros como a hijos míos queridos* (1Co 4, 14).
- 7º Un buen padre no se escandaliza ante el sufrimiento de su hijo, sino que lo educa en el misterio del dolor, y del perdón: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame... pues ¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?* (Mt 16, 24-26); *Pedro se acercó entonces y le dijo: Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete* (Mt 18, 21-22).
- 8º Un buen padre no se apoya en capacidades o estrategias humanas, sino que su confianza sobre todo está en Dios, de quien deriva toda paternidad: *No que por nosotros mismos seamos capaces de atribuirnos cosa alguna, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios* (2Co 3, 5).
- 9º Un buen padre no saca a relucir los defectos de su esposa ante sus hijos, sino que enseña respeto, respetándola: *Maridos, amad a vuestras mujeres como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella...que cada uno ame a su mujer como a sí mismo* (Ef 5, 25.33).

10º Un buen padre no abandona a su esposa, sino que permanece unido a ella, también por el bien de los hijos: *Si somos infieles, Él (en cambio) permanece fiel* (2Tim 2, 13).

Padres, pero también hijos

Termino con una importante observación. No nos equivocaremos mucho si suponemos que un número muy elevado de quienes hoy son padres ausentes, han sido y siguen siendo, a su vez, hijos que no perdonaron la lejanía afectiva o el abandono de sus propios padres. Hay una misteriosa ley psicológica según la cual los seres humanos tendemos a reproducir en nuestras vidas los vicios y defectos que criticamos, *sin perdonar*, en los demás. Una vez leí en un libro esta frase: “he caído en todas los vicios que critiqué en los demás”. Muchos de los hombres golpeadores son hijos de padres golpeadores; muchos de los hombres divorciados, son hijos de padres divorciados; muchos de los hombres violentos e intolerantes son hijos de padres rígidos e inflexibles; muchos de los hombres alcohólicos y drogadictos son hijos de padres alcohólicos y drogadictos. ¡Pero la inmensa mayoría de estos hombres aborrecieron en su momento los vicios que veían en sus padres y tal vez juraron no hacer, el día de mañana, lo mismo con sus hijos; ¿por qué repiten los mismos yerros al llegar a la vida adulta haciendo sufrir a otros lo que ellos sufrieron en carne propia?! Los psicólogos dirán que, a pesar de sus deseos, éste es el único modo que aprendieron para manejar situaciones difíciles: golpeando, evadiéndose, huyendo, alejándose; por eso, aunque se hayan jurado a sí mismos no parecerse a sus padres, terminan por ser un calco de los mismos. Pero hay algo más importante y profundo: también influye el no haber perdonado. A menudo *ésta* es la causa más importante. Sólo el perdón puede destrozarse esos lazos internos que llevan a la imitación de los errores aborrecidos en los demás; es una “ley de rebote o de encadenamiento”. Por misteriosos repliegues psíquicos, el odio y el resentimiento no siempre diferencian a los hombres sino que con frecuencia terminan asemejándolos entre sí. Los que odian al tirano, muchas veces terminan siendo tiranos; los que se petrifican en el resentimiento con el abusador, tienen muchas probabilidades de abusar de otros. No es un problema hereditario, sino espiritual: se imitan los pecados ajenos o por haberlos justificado, o por no haberlos perdonado. Sólo el perdón (que no es justificación ni aversión) destruye

esta cadena. ¡Atención, pues, los que han sufrido la ausencia (física o afectiva) de sus padres si no quieren, a su vez, ser padres ausentes! ¡También para ellos vale el cuarto mandamiento de la ley de Dios y los pecados de los padres no exime a los hijos de amarlos y perdonarlos!

De aquí que la solución del problema de los padres ausentes, pase también por el trabajo de profundizar el sentido de la propia *filiación*. Se debe aprender a ser hijos. A veces esto puede implicar aprender a ser hijos *a pesar de las deficiencias de los padres*. Para quien vive bien su filiación divina esto es posible, incluso cuando los padres terrenos (uno de ellos o ambos) no están, o no han estado, a la altura de su misión. Dios siempre es Padre, y la misión de Jesucristo ha sido enseñarnos en qué sentido y cómo Dios es Padre. Si leemos atentamente los Evangelios, veremos que la “paternidad” de Dios es el tema más recurrente en la predicación de Nuestro Señor (la palabra “padre” aparece más de 200 veces en los Evangelios). La virtud de la piedad filial (y el don del Espíritu Santo que la perfecciona) se puede cultivar meditando sobre la paternidad divina. Dios puede hacernos buenos hijos de nuestros padres, a pesar de los defectos de nuestros padres terrenos; y ésta es la mejor escuela para ser, a su vez, buenos padres de nuestros hijos.

Padres del alma

Casi a modo de apéndice, propongo a la consideración de quienes quieren ser verdaderos padres (padres de corazón) algunos párrafos de una carta que San Juan de Ávila escribiera a Fray Luis de Granada, hablándole de la difícil pero magnífica empresa de la paternidad. El gran doctor de la Iglesia y apóstol de Andalucía, se refiere a la paternidad espiritual por la que se engendran hijos para Dios por medio de la predicación y la fe, pero como ambas paternidades —espiritual y carnal— se iluminan mutuamente, los padres biológicos no tendrán dificultad en saber aplicar a su propia misión estas luminosas palabras.

«Con atención y casi sonriéndome leí la palabra que Vuestra Reverencia en su carta dice, que le parece dulce cosa engendrar hijos y traer ánimas al conocimiento de su Criador; y respondí entre mí: *Dulce bellum inexpertis* [la guerra parece dulce para los que no la han experimentado]. El **engendrar** no más confieso que no tiene mucho trabajo, aunque no carece de él, porque si bien hecho ha de ir este negocio, los hijos que hemos por la palabra de engendrar, no tanto han de ser hijos

de voz cuanto **hijos de lágrimas**, porque, si uno llora por las ánimas y otro predicando las convierte, no dudaría yo de llamar padre de los así ganados al que con dolores y con gemidos de parto lo alcanzó del Señor, antes que al que con palabra pomposa y compuesta los llamó por defuera.

A llorar aprenda quien toma oficio de padre para que le responda la palabra y respuesta divina que fue dicha a la madre de San Agustín por boca de San Ambrosio: “Hijo de tantas lágrimas no se perderá”. A peso de gemidos y ofrecimiento de vida da Dios los hijos a los que son verdaderos padres, y no una, sino muchas veces ofrecen su vida porque Dios dé vida a sus hijos, como suelen hacer los padres carnales.

Y si esta agonía se pasa en engendrar ¿qué piensa, padre, que se pasa en los **criar**? ¿Quién contará el callar que es menester para los niños, que de cada cosita se quejan, el mirar no nazca envidia por ver ser otro más amado, o que parece serlo, que ellos? ¿El cuidado de darles de comer aunque sea quitándose el padre el bocado de la boca, y aun dejar de estar entre los coros angelicales por descender a dar sopitas al niño? Es menester estar siempre templado, porque no halle el niño alguna respuesta menos amorosa. Y está algunas veces el corazón del padre atormentado con mil cuidados y tendría por gran descanso soltar las riendas de su tristeza y hartarse de llorar, y si viene el hijito ha de jugar con él y reír, como si ninguna otra cosa tuviese que hacer. Pues las tentaciones, sequedades, peligros, engaños, escrúpulos, con otros mil cuentos de siniestros que toman, ¿quien los contará?, ¿qué **vigilancia**, para estorbar no caigan en ellos?, ¿qué **sabiduría** para saberlos sacar después de entrados?, ¿**paciencia** para no cansarse de una, y otra, y mil veces, oírlos preguntar lo que ya les han respondido, y tomarles a decir lo que ya se les dijo? ¿Qué **oración** tan continua y valerosa es menester para con Dios, rogando por ellos porque no se mueran!, porque **si se mueren**, créame, padre, que **no hay dolor que a éste se iguale**, ni creo que dejó Dios otro género de martirio tan lastimero en este mundo como el tormento de la muerte del hijo en el corazón del que es verdadero padre: ¿qué le diré?; no se quita este dolor con consuelo temporal ninguno, no con ver que si unos mueren otros nacen, no con decir lo que suele ser suficiente en todos los otros males: *El Señor lo dio, el Señor lo quitó; su nombre sea bendito*. Porque como sea el mal del anima, y pérdida en que pierde el ánima a Dios, y sea deshonor de Dios, y acrecentamiento del reino del pecado nuestro contrario bando, no hay

quien a tantos dolores tan justos consuele. Y si algún remedio hay es olvido de la muerte del hijo; mas dura poco, que el amor hace que cada cosita que veamos y oigamos luego nos acordemos del muerto, y tenemos por traición no llorar al que los ángeles lloran en su manera, y el Señor de los ángeles lloraría, y moriría si posible fuese. Cierto, la muerte del uno excede en dolor al gozo de su nacimiento y bien de todos los otros. Por tanto, a quien quisiere ser padre le conviene [= *debe tener*] un **corazón tierno y muy de carne** para haber **compasión** de los hijos, lo cual es muy gran martirio, **y otro de hierro** para sufrir los golpes que la muerte de ellos da, para que no derriben al padre o le hagan del todo dejar el oficio, o desmayar, o pasar algunos días que no entienda sino en llorar, lo cual es inconveniente para los negocios de Dios, en los cuales ha de estar siempre solícito y vigilante; y aunque esté el corazón traspasado de estos dolores, no ha de aflojar, ni descansar, sino habiendo gana de llorar con unos, ha de reír con otros, y no hacer como hizo Aarón, que habiéndole Dios muerto dos hijos y siendo reprendido de Moisés, porque no había hecho su oficio sacerdotal, dio él: *¿Cómo podía yo agradar a Dios en las ceremonias con corazón lloroso?* Acá, padre, mándanos siempre busquemos el agradamiento de Dios, y pongamos lo que nuestro corazón querría; porque por llorar la muerte de uno no corran por nuestra negligencia peligro los otros. De modo que, si son buenos los hijos, dan un muy cuidadoso cuidado, y, si salen malos, dan una tristeza muy triste: y así no es el corazón del padre sino un recelo continuo y una atalaya desde alto, que de sí lo tienen sacado, y una continua oración, encomendando al verdadero padre la salud de sus hijos, teniendo colgada la vida de él de la vida de ellos, como San Pablo decía: *Yo vivo, si vosotros estáis en el Señor*⁴⁴.

⁴⁴ San Juan de Ávila, *Carta 1; Obras completas del Santo Maestro Juan de Ávila*, Madrid (1970), 20-22.

ÍNDICE

Crisis de la paternidad	3
Drama sociológico	7
La desorientación causada por el padre ausente	11
El rol del padre y otras consecuencias psicológicas de su ausencia	13
Concecuencias en la imagen de Dios.....	18
Los caminos de la “expulsión del padre”	20
Recuperar al padre: la solución.....	23
Un buen padre “es” y un buen padre “no es”	26
<i>A- Lo que hace un padre</i>	<i>26</i>
<i>B- Lo que nunca hace un buen padre</i>	<i>28</i>
Padres, pero también hijos	30
Padres del alma	31

COLECCIÓN VIRTUS

- /1 EL EXAMEN PARTICULAR DE CONCIENCIA¹
INSTRUMENTO PARA EL TRABAJO ESPIRITUAL Y PARA
LA CORRECCIÓN DE LOS DESÓRDENES AFECTIVOS
- /2 CEGÓ SUS OJOS (Jn 12,40)
EL JUICIO PROPIO
- /3 DUC IN ALTUM!
ESENCIA Y EDUCACIÓN DE LA MAGNANIMIDAD
- /4 DE LOBOS A CORDEROS
EDUCACIÓN Y GRACIA
- /5 LAS IDEAS “SUBTERRANEAS” Y LA EDUCACIÓN
PAUTAS PARA PADRES Y EDUCADORES
- /6 LA MADUREZ AFECTIVA Y SEXUAL DE
JESÚS DE NAZARET
- /7 CRISIS DE PATERNIDAD
(EL PADRE AUSENTE)
- /8 NUESTROS MIEDOS
- /9 EL PADRE REVELADO POR JESUCRISTO
- /10 EL CAMINO DEL PERDÓN
- /11 LAS ADICCIONES
(UNA VISIÓN ANTROPOLÓGICA)

¹ Reemplaza al original número 1 (“Miró la pequeñez de su esclava. Para una educación de la humildad”) que ha pasado a formar parte del estudio más amplio “Naturaleza y educación de la humildad” (Virtus número 12).

- /13 LA MADUREZ DE JESUCRISTO
(EL HOMBRE A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA)
- /14 MEDITACIONES SOBRE DIOS PADRE
- /15 LA SUPERFICIALIDAD
- /16 ¡QUIERO!
(EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD)

**Se terminó de imprimir en los talleres gráficos de
Ediciones del Verbo Encarnado**

**15 de Abril del 2012
Solemnidad de la Divina Misericordia**

**EDICIONES DEL VERBO ENCARNADO
El Chañaral 2699 – CC 376 – (5600)
San Rafael – Mendoza – Argentina
Tel: (02627) 430451 www.edicionesive.com.ar
ediciones@iveargentina.org**

